

CAPITULO XXII.

IA LA CARCEL.

El hecho mas positivo era que nuestros planes en el terreno de los hechos estaban fracasando todos los dias, fuera por falta de elementos, fuera por las torpezas de nuestros amigos ó por la incansable vigilancia que tenian puesta los imperialistas, sobre todos los que estábamos en lista como afectos á las instituciones republicanas.

Mientras se presentaba la oportunidad de que D. Julio Garcia que acababa de evadirse de Guadalajara, organizara algo por Colima ó de que se lograra alguna otra de nuestras muchísimas combinaciones, para que el tiempo no se perdiera del todo, me puse á publicar otro periódico, exclusivamente de noticias,

tomadas de los periódicos que recibiamos en aquella ciudad, procurando analizarlas muy pocas veces y con la mayor prudencia.

La situacion era á la vez en Guadalajara delicadísima, mas todavía que en ninguna otra plaza de las ocupadas por los imperialistas, en razon de la clase de autoridades que teniamos.

El general D, Ignacio Gutierrez que tenia no solo la reputacion de ser hombre severo, sino ademas injusto, sanguinario y cruel, acababa de reasumir los mandos político y militar como jefe de las armas y Comisario del Imperio. Funcionaba ademas como su secretario un hombre de depravados sentimientos que siempre estaba inclinándolo el mal, el que llevaba el nombre de D. Juan B. de la Colina. Nadie se encontraba á salvo por lo mismo de ser víctima de una arbitrariedad, ni nadie podia poner coto á los grandes abusos que se cometian, estando el poder absoluto de aquellas circunstancias escepcionales desempeñado por semejantes hombres.

Hasta los mismos partidarios del imperio se aterrorizaban cuando llegaban á conocer los antecedentes del general D. Ignacio Gutierrez y de su secretario.

Sin embargo, en lo general sentiamos que la prudencia se empeñaba en querer abandonarnos á medida que eramos más tiranizados, y una oportunidad se nos presentó para confirmarlo con la llegada de nuestra querida compatriota la ilustre cantatriz Angela Peralta. Nos figurábamos que en ella estaba representada la República y consagramos para ella el

mas ferviente culto, en cada uno de nuestros corazones.

Cada noche de funcion en el Teatro era una fiesta para todos nosotros.

La autoridad encontró que aquel entusiasmo sobrepasaba los límites y prohibió que se cantara la ópera de Los Puritanos para que no oyéramos el duo de las banderas.

En una noche fué sacado del teatro D. José M. Castaños y algunas otras personas por haber levantado demasiado las manos para aplaudir.

Un jóven de 15 años, hijo de D. Lázaro Perez persona muy respetable en Guadalajara, fué llevado á la cárcel por haber saludado á la Peralta con mayor grado de entusiasmo que el que era permitido.

Llegó la noche en que el Ruiseñor Mexicano cantaba por la última vez en nuestro gran Teatro de Alarcón improvisado casi para que ella lo estrenara, y el público en masa concurrió á oír por última vez á su prima donna favorita. Se cantaban diversos actos de óperas, concluyendo con el último de Un Ballo in Maschera en que ella hacia el papel de paje.

El jóven esposo de la Peralta, que habia sido mi compañero de colegio y á quien no conociamos en Guadalajara, como Castera, sino como Eugenio Nicol por haberse educado en la casa del viejo Nicol, me comprometió delante de ella, con quienes tambien cultivé amistad íntima, á que le dijera algo aquella noche. ¿Que habia de hacer? El talento de aquella gran artista me tenia extasiado; ademas hubo otras circunstancias que no pude desátender y á riesgo de

todo me presenté en pleno teatro al ser llamada á la escena por la centésima vez y tuve quien sabe si el valor ó la insensatez de recitarle una poesía compuesta por mí para aquella noche, con sus alusiones indispensables.

Una de mis estrofas decia:

¡Ah! de tantas alegrías,

Nos quedará la memoria!...

Hoy las penas son impías... .

Tal vez en mejores dias

Amarémos mas tu gloria.

No se necesita agregar que mi composicion fué aplaudida con frenesí. Estábamos dominados por la ley del sable y divisábamos en el porvenir una perspectiva de libertad, ¿cómo no habiamos de dar espansiones á nuestro aprisionado entusiasmo?

Angela Peralta conmovida, quizás electrizada por la solemnidad del momento, se precipitó en mis brazos, significando así que estrechaba en su seno á todos los buenos mexicanos: el público se puso entónces delirante. El escenario se inundó materialmente de flores, y cuando ya no habia flores que arrojar, llovieron sombreros, capas, abrigos de señora y cuanto se encantraba que pudiera significar una manifestacion de simpatia.

La orquesta por si sola, sin ser impulsada por nadie, tocó ruidosas y alegres dianas.

Como por encanto se llenó el teatro de cirios encendidos para sacar en procesion á la querida artista me-

xicana. Alguno dijo en medio del tumulto que era necesaria esta ovacion, y fué hecho todo lo que se requería con la prontitud de un relámpago.

Los gritos de entusiasmo, continuaron mientras Angela Peralta cambiaba de traje y yo pude escabullirme huyendo en parte de las consecuencias, bien que estas me importaban ya poco á la altura en que nos encontrábamos.

Mi casa estaba cerca del teatro, la procesion pasó por allí y algunos de los que iban en ella me nombraron, empezando á pedirme á voces. Salí al balcon y saludé; pero se manifestaba gran empeño en que dijera alguna cosa. El momento se presentaba comprometido porque el Alcalde Mayor en persona habia dado el brazo á la Peralta para responder mejor de la tranquilidad pública. Toda la comitiva estaba detenida delante de mis balcones: tuve entónces que revestirme de resolucion, y pronuncié estas breves palabras:

—¡Saludo al genio! ¡Saludo á los que lo comprenden y lo admiran! En este instante, en que se presenta á nosotros como el símbolo de la libertad, desearia que todas esas hachas se convirtieran en fusiles y que todas esos corazones mexicanos palpitantes de entusiasmo, fueran otros tantos cañones que pudieran volverse contra aquellos á quienes puede considerarse hoy como enemigos de la patria.

Yo callé y el Alcalde Mayor hizo impulso para que la comitiva pasara adelante; pero como la multitud insistía en que yo continuara hablando, victoreé al pueblo y á la artista mexicana, saludé y me metí.

El dado estaba ya tirado: ménos que eso se necesitaba en aquellas circunstancias para ser llevado á una prision. La mia no debia tardar supuestos aquellos antecedentes y desde luego me dediqué á hacer mis preparativos para evadirme de Guadalajara. Algunos amigos estaban dispuestos á acompañarme y solo nos faltaba proporcionarnos unos pasaportes que yo podia adquirir, pues no habia camino que no estuviera estrictamente vigilado. La ley marcial estaba decretada y sin necesidad de ella se fusilaba á todos los sospechosos que eran encontrados fuera de las poblaciones.

Nuestra situacion acabó de decidirse con la órden de suspension dictada por el Comisario imperial contra el *Noticioso* que yo redactaba. Esto dió margen á otra nueva imprudencia mia, pues consideraba ya insufrible semejante yugo. Mandé fijar en todos los lugares públicos unas tiras con el siguiente relato: «Por órden del general D. Ignacio Gutierrez se suspende la publicacion del *Noticioso*. Se despide de sus lectores hasta mejores dias.»

Se produjo el escándalo consiguiente: la policia fué encargada de arrancar las tiras y de buscar al editor responsable. Tenia pues tiempo de huir mientras se practicaba la inquisitoria. Ya todo estaba listo y solo me faltaba recoger algun dinero de mis clientes para dejar asegurada la subsistencia de mi familia.

El dia 12 de Noviembre de 1866, fué el designado para salirme de la ciudad. Me levanté temprano y salí á la calle para hacer mis últimos arreglos. En la noche anterior fueron aprehendidos el coronel Casimiro Paz y Celso Ceballos, sin motivo que justificara

el procedimiento. Quizás era tiempo de salvarme todavía, observando algunas pequeñas precauciones.

Volví á mi casa llevando un pequeño obsequio á mi esposa.

—Voy otra vez á la calle, la dije, si no vuelvo á comer es porque estoy preso.

—Pues no salgas, me dijo ella llorando.

—Es de todo punto preciso, le contesté abrazándola. Y me marché.

Tenía, nada ménos, que recoger en la Prefectura los necesarios pasaportes en blanco que debia proporcionarme un amigo.

Un jóven llamado Juan Villa que habia sido mi condiscípulo de colegio y que á la vez se encontraba empleado, me saludó muy afectuoso y me dijo tomando su sombrero:

—¡Cuánto me alegro de verte por aquí! Tengo un asunto muy importante que comunicarte. En cinco minutos estoy de vuelta: me ha mandado llamar el Prefecto.

Algo encontré de extraño en todo esto, pero nunca me figuré que Juan Villa fuera un delator.

—¿Que deseabas de mí? le pregunté cuando volvió.

—Nada, me contestó con la voz alterada, creia que traías algun negocio en que pudiera servirte.

—¡Ah! comprendo, murmuré tristemente.

Y nos despedimos.

Al salir del palacio me encontré con dos policias que me esperaban. Mi sospecha se realizaba.

—¿Quién avisó á vds. que aquí me encontraba? les pregunté.

—El señor Villa, me contestó uno de ellos.

El otro me insinuó que volviera con disimulo la cabeza.

El denunciante estaba en el balcón solazándose en su obra.

Siempre me resisto á encontrar sentimientos perversos en personas educadas, y siempre soy víctima de ellas.... Sin aquella denuncia, la tarde y la noche habrian sido bastantes para ponerme fuera del alcance del general Gutierrez.

Como el trecho que hay entre el Palacio y la Penitenciaría de Guadalajara es bastante largo, ensayé con mis conductores el recurso de la seducción, ofreciéndoles hasta lo que no podia cumplirles; pero solo uno de ellos se mostró flexible. Apelar á la violencia era imposible porque no estaba armado.

Al llegar á la prision hice otro impulso que tambien me salió fallido. Cuando llegamos á una galeria enteramente solitaria, próxima á la puerta de hierro que habia de cerrarse tras de mi con pesados cerrojos, me detuve resueltamente. Creia contar con uno de aquellos hombres que se habia manifestado en mi favor.

—Aquí lo arreglamos por bien ó por fuerza, les dije, vds. me van á dejar escapar.

Se cambiaron ambos algunas palabras en secreto y me dijo uno de ellos.

—Está bien, vámonos arreglando.

Tomé mi reloj de oro con todo y cadena, recojí de mis bolsillos cuanto dinero llevaba, me saqué del dedo una sortija, é iba á entregarles todo esto, cuando apa-

reció un hombre á nuestra espalda que dijo con tono imperioso.

—¿Que hacen vds. aquí?

—¡El jefe! exclamó uno de mis guardianes.

Ya no hubo recurso alguno: fuí encerrado en aquella cárcel húmeda y sombría, en el galeron abovedado donde se encontraban todos los infelices consignados á las cortes marciales.

El carcelero que era un sargento de grandes bigotes, con una cicatriz en la cara, abrió un calabozo que estaba á la izquierda del porton, me empujó allí sin decirme una palabra y en seguida echó los cerrojos....

con mis conductores, el recurso de la seducción, ofreciéndoles hasta lo que no podía cumplir; pero solo uno de ellos se mostro flexible. A pesar á la violencia era imposible porque no estaba armado.

Al hacer á la prision hice otro impulso que tambien me salió fallido. Cuando llegamos á una galeria enteramente solitaria, próxima á la puerta de hierro que habia de cerrarse tras de mí con pesados cerrojos, me detuve resacastrado. ~~Los señores con uno de aque-~~ llos hombres que se habia manifestado en mi favor.

—Apar lo arrebatares por bien ó por fuerza, los hijos...

Se carpiaron ambas algunas palabras en secreto y me dijo uno de ellos.

—Esta bien, vámonos arreglando.

Tomé mi reloj de oro con todo y cadena, recíjé de mis bolsillos cuanto dinero llevaba, me apuré del debo una sortija, é iba á entregárselas todo esto, cuando apa-

posición para disputárselo. El Benito, que era como se le llama en algunos con fines, se abstuvo de salir en el caso del Norte y desde allí espedia órdenes por medio de los comandantes y comandantes militares para el gobierno, dejando al azar que se celebrara las operaciones de la campaña.

Al coronel Juan Coronado lo hizo general y le dio facultades para hacer la guerra en los Estados de Occidente, autorizada que también tuvieron los señores V. G. Pasquán, Garza Flores y otros que como señores que figuraban en el momento en que el general D. Tomás O'Gara lo nombró general en jefe del ejército del centro en los momentos en que...

CAPITULO XXIII.

ASPECTO GENERAL.

El general Estrella de la Cruz, expedicionario por...

Necesito dar aunque sea una idea superficial de la situacion que guardaba el país en esos momentos para que se comprendan las demás peripecias que yo presencié, y que son las únicas de que me constituyo responsable al ir las refiriendo.

Don Benito Juárez, el Presidente de la República que tan fácilmente había abandonado su capital sin defensa, perdiendo en la retirada todos los elementos de guerra con que contaba el gobierno, no quiso abandonar de la misma manera aquel puesto, ni erizado de peligros y dificultades como se encontraba: léjos de eso, empuñó las riendas del poder con más fuerza, desde que vió que habia alguno que tenia buena dis-